



## XIX.

### LAS REGIONES AUSTRIALES.

1602-1609.

Pedro Fernández de Quirós.—Sus gestiones insistentes para continuar los descubrimientos de Mendaña.—Resultado.—Sale del Callao con tres naves.—No encuentra las islas Marquesas.—Ve otras desconocidas.—Se detiene en la del Espíritu Santo.—Vuelve á Nueva España.—Particularidades notables del viaje.—Luis Váez de Torres prosigue la exploración por la costa de Nueva Guinea y Australia.—Importancia de esta jornada.—Planos levantados por Diego de Prado.—Relaciones y comentarios.—Vuelve Quirós á la corte.—Pretende dirigir otra expedición á las regiones australes.—Repeticion y publicidad de sus memoriales.—Concepto desfavorable que merecian en el Consejo de Indias.—Consulta de éste.



ANDABA en Corte, desde que volvió de la expedición á las islas Marquesas, Pedro Fernández de Quirós, *de nación portugués*, según rezan las cédulas reales<sup>1</sup>; como navegante, poco conocido; como pretendiente, familiar á los porteros y alguaciles entre los más tenaces concurrentes de antesala, pesadilla de los ministros, hombre á prueba de despachaderas, al que faltaban con frecuencia (él lo decía) dos maravedís con que adquirir el pan cotidiano, pero jamás los que costará el pliego de papel de memoriales que echaba por debajo de la puerta, encontrándola cerrada de ordinario.

<sup>1</sup> Había nacido en Évora; navegó como escribano en naves del comercio, ejercitándose en la náutica; casó con dama de Madrid, pasó al Perú y obtuvo plaza de piloto mayor en la segunda jornada de Mendaña.



Lo que pedía por escrito y de palabra, de una y otra manera remedando al mazo del batán, era la salud y conservación de infinitas almas perdidas en la soledad del mar del Sur, en aquellas islas que él había descubierto, brindándose á volver por ellas á pasar trabajos siempre que le dieran barcos, hombres y ayuda de costa consiguiente. En un principio le ofrecieron los secretarios del despacho ir mirando en negocio grave y digno de ser tan favorecido; dijéronle adelante que hartas tierras tenía descubiertas Su Majestad, y que lo importante era poblarlas; acabaron declarando no hallar en su persona la calidad ni garantías necesarias á tamaña empresa; es decir, creyeron acabar, porque realmente el que con la paciencia de todos concluyó fué el incansable solicitador, agobiándolos con recomendaciones de frailes, confesores, títulos y personas graves, hasta que, por librarse de importunidades, le despacharon para el Perú con cédula no expedida por el Consejo de Indias <sup>1</sup>, concediéndole pasaje en la flota conductora del Marqués de Montes Claros, virrey nombrado de Nueva España.

El de Monterrey, que en la misma calidad había ido trasladado á Lima, experimentó el efecto nervioso de los memoriales y audiencias de Quirós, dando por vencidos cuantos entorpecimientos se presentaron al cumplimiento de las órdenes superiores, inclusa la protesta de los herederos de Mendaña, alegando mejor derecho á la jornada; y aunque por todos lados hallara despego ó desatención, el 21 de Diciembre de 1605 se hacía á la vela en el puerto del Callao, sin importarle un bledo que no le despidieran con las manifestaciones de simpatía acostumbradas en semejantes casos.

Tres naves se habían puesto á sus órdenes: la capitana, *San Pedro y San Pablo*, de 155 toneladas; la almiranta, *San Pedro*, de 120, y el patache ó zabra *Tres Reyes*, todos barcos excelentes, sólidos y veleros, armados con algunas piezas de artillería menuda, provistos con abundancia, y tripulados por 130 personas de mar y guerra <sup>2</sup>. Iban repartidos seis frailes

<sup>1</sup> De Valladolid, á 31 de Marzo de 1603.

<sup>2</sup> Dato del mismo Quirós, que en otro paraje del diario dice eran 300, sin duda por error de pluma.



de la orden de San Francisco y cuatro hermanos legos de San Juan de Dios, como enfermeros-practicantes.

Navegaban en bonanza, con hermoso tiempo, por los paralelos de 13 á 15° de latitud en demanda de la isla de Santa Cruz, la principal de las Marquesas (donde murió Mendaña), que no parecía, como no parecieron las de Salomón en la anterior demanda; subieron y bajaron la altura de polo cambiando de rumbo en vano; fueron, sí, avistando sucesivamente islas hasta entonces desconocidas, las primeras once deshabitadas é inaccesibles por las rompientes que las cercaban; las otras, hasta 23 en total, pobladas de gente muy ágil, de buen porte, pacífica en general, aunque con excepciones. A todas pusieron nombres caprichosos ó de santos: *Luna puesta*, *Conversión de San Pable*, *Sagitaria*, *Peregrina*, *San Bernardo*, en parte identificadas por D. José de Espinosa en las cartas españolas, ó por Maltebrún en la geografía francesa, y en parte discutidas por D. Ricardo Beltrán y Rózpide en su estudio de la Polinesia <sup>1</sup>.

Quirós anotaba en la relación del viaje las circunstancias particulares de cada cual, así como las ocurrencias de la aproximación, desembarco y comunicación con los naturales <sup>2</sup>, y entre los acaecimientos de otro género consignó que

<sup>1</sup> Madrid, 1884.

<sup>2</sup> Esta relación publicó con notas, aclaraciones y documentos D. Justo Zaragoza en la Biblioteca Hispano-Ultramarina, con título de *Historia del descubrimiento de las regiones australes, hecho por el general Pedro Fernández de Quirós*. Madrid, 1876-1880-1882, tres tomos 4.º, con mapas. En el prólogo expuso creencia de ser el escrito obra de Luis de Belmonte Bermúdez, poeta sevillano y autor dramático que iba en la expedición, sabiendo que compuso la historia en verso heroico y también en prosa. En otro poema, *La Hispálica*, aludía á la contribución de la persona, diciendo:

«El pecho puse á la mayor jornada,  
Llegando al sol los pensamientos míos,  
Y tocando en la tierra, en vano armada,  
Nombre dimos al mar, nombre á los ríos,  
Como de Arauco en la jamás domada  
Región, notaba los soberbios bríos  
Ercilla de los bárbaros chilenos;  
Si bien yo anduve más y escribí menos.»



el 25 de Marzo de 1606, pasados más de tres meses sin encontrar á la isla de Santa Cruz, se alborotó la gente de la capitana, incitada por el piloto mayor, funcionario inconveniente, cuyo nombre no reveló en toda la relación, costándole trabajo sin duda escribirlo ó recordarlo. Desde la salida del puerto del Callao estaba contrapuesto con él por haberle dado la plaza el Virrey sin anuencia suya. Ahora, declarado el tumulto, llamó á Consejo á los Capitanes de los bajeles, y en su presencia depuso del cargo al tal piloto, enviándole en calidad de preso á la almiranta.

Fuera porque la medida no llegaba al rigor requerido por las circunstancias, ó por falta de oportunidad en la aplicación, no se corrigió la actitud rebelde de la tripulación alejado el que alentaba á la desobediencia. Seguía siendo patente el descontento general á pesar de la distracción ofrecida en el registro de las islas con vista de los indígenas, trueque de sus objetos y novedad de las frutas.

El 1.º de Mayo se hallaron los navíos próximos á una tierra más extensa que las encontradas hasta entonces; tanto más prolongada y alta, con sierras y ríos, con bahía que no bajaba de 20 á 25 leguas de circunferencia, que les hacía suponer descubrimiento de importancia. Tierra de *Cardona* la denominó Quirós, en honra á D. Antonio Fernández de Córdoba y Cardona, duque de Sesa, embajador en Roma, que le favoreció y tuvo en su casa; bahía de *San Felipe y Santiago* á la referida, y puerto de la *Veracruz* al elegido para fondear, muy satisfechos.

Cuadraba por entonces la fiesta del Espíritu Santo, que quiso celebrar el General con pompa, levantando previamente en la playa arcos de ramaje en derredor de una tienda del mismo material, denominada iglesia. Los frailes hicieron gran función con plática de circunstancias, seguida de otra con que sorprendió el General á todos, felicitándolos por sus merecimientos y dándoles primera recompensa con el título de ca-

la Academia de la Historia (publicado en su *Boletín*, t. 1, pág. 155), no hallando motivos fundados para negar á Quirós la paternidad de la narración. Me inclino á este parecer por lo que el estilo se acomoda al hombre de los memoriales.



balleros del *Espíritu Santo*, orden que creaba para memoria sempiterna del suceso que Dios les había deparado. Organizó seguidamente procesión en que iban formadas las compañías con banderas y atambores, precedidas de danzantes, pasando por delante de las naves, que disparaban los cañones. Hizò en seguida levantar acta de posesión de las tierras, que habían de llamarse en conjunto *Australia del Espíritu Santo*, por la casa de Austria reinante en España; así como el lugar de la ceremonia, elegido para la primera población, *ciudad de Nueva Hierusalém*, y porque algo más que nombre tuviera nombró cabildo y regimiento, alcaldes, regidores, alguaciles, escribano de minas y hasta guarda de las aduanas; no dejó oficio sin proveer, con la formalidad de juramento de servirlos bien y fielmente.

Todo el mes de Mayo se entretuvieron en las diversiones, enviando á los bateles á reconocer el contorno de la bahía, al mismo tiempo que en diversas direcciones lo hacían por el interior escuadras de gente armada, procurando comestibles y conocimiento de los naturales de color amulatado y cabello crespo.

El 8 de Junio, al decir de Quirós en su diario, salieron las tres naves con propósito de extender la exploración; pero era recio el viento fuera de la bahía, y ordenó dar vuelta al surgidero, lo que hicieron al punto la almiranta y la zabra. La capitana cayó á sotavento, sin poderlo remediar; anduvo barloventeando dos días, apartándose más y más de la bahía; y como el viento no aplacaba, ni salían los otros navios, ¿qué determinó? ¡Irse á Acapulco!

Las razones con que procuró justificar una resolución que de cualquier modo que se considerara había de significar el abandono por un General de la escuadra que se le había confiado, son de tal modo contradictorias, inverosímiles y aun pueriles, que suspenden el juicio del lector, embarullado con los lastimosos discursos escritos la pena que sentía «debiendo conservar lo presente por asegurar lo venidero», la deliberación en junta con los oficiales antes de decidir lo que más conviniera.



Hay otro diario formado por Gaspar González de Leza, piloto mayor que substituyó al depuesto, documento muy útil como derrotero de la capitana *San Pedro y San Pablo*, pero que no ofrece mayor claridad en punto á tan extraña ocurrencia como era la separación de los bajeles; al contrario, asienta datos contradictorios también entre sí y con los de su jefe, pues expresa que barloventearon, no dos, sino seis días, con intento de volver á la bahía de San Felipe y Santiago; visto no abonanzar, acordó el General «por animar la gente» ir á Santa Cruz, adonde aguardarían á la compañía; y estando en su altura de 10°, como no la vieran, manifestó el General «no ser cordura buscarla con tal tiempo y cerrazón, sin saber si estaba al Este ó al Oeste; que se ensenarian á la Nueva Guinea y lo pasarían mal, por ser tiempo de vendavales allí y en Filipinas»<sup>1</sup>.

Súpose adelante la verdad de lo ocurrido por distintos conductos, y fué que, amotinada la gente de la capitana sin contar con la de los otros navíos, salióse de noche de la bahía de San Felipe y Santiago, alejándose de la tierra descubierta, actualmente designada con el nombre de grupo de *Nuevas Hébridas*, dirigiéndose sin titubear hacia Nueva España, para regresar al Perú. Al General no hicieron daño, limitándose á intimarle que no saliera de la cámara. ¡En tan poco le tenían!

La lectura de su propia relación enseña que era hombre falto de energía, que pasaba lo más del tiempo en la cámara, dejando que mandaran en el barco todos menos él. En las islas se cometieron con los indios excesos innecesarios impunemente; en la derrota fueron los navíos según el capricho de los pilotos; lo perteneciente á su iniciativa y autoridad, fué la creación de la orden del Espíritu Santo, ridícula parodia de la del León desencadenado del holandés Cordes en el estrecho de Magallanes, y lo original y divertido, las lamentaciones con que llenó las páginas, culpando á los que le entretuvieron en la Corte, en el Perú y en el despacho; á

<sup>1</sup> El diario de Leza se halla inserto en la obra citada del Sr. Zaragoza, t. II.



los capitanes, á los pilotos, á todo y á todos, de las contrariedades por las que no daba vuelta al mundo como fuera su deseo.

El regreso se realizó mientras él emborrataba papel, encerrado, navegando la capitana derecha á cortar la línea, subiendo por las islas de los Ladrones á la cabeza de las del Japón, y buscando por altura de 38° la costa de California, sin otro contratiempo que una borrasca después de montado el cabo de San Lucas, en vísperas de tomar el puerto de Navidad el 21 de Octubre, á los cien días de mar, según Leza, sin falta de agua ni de provisiones, sin trabajos, enfermedades ni bajas; no falleció más que el P. Comisario, de muerte natural, ocurrida por su mucha edad.

Punto es éste merecedor de la consideración de los navegantes, por cuanto indica que empezaba á cuidarse la salud del marinero. Los barcos llevaron en esta expedición alambiques ó aparatos de cobre para destilar el agua del mar; alcanzaron los víveres á las travesías de ida y vuelta, casi un año, lo que indica su buena calidad; llevaron enfermeros prácticos, á los que se ofreció ocasión de demostrar la inteligencia, porque, habiendo pescado en la bahía de San Felipe y Santiago ciertos peces *ciguatos*, adolecieron gravemente todos los que comieron su carne, pero ninguno falleció, medicados á tiempo con triaca <sup>1</sup>.

Muestra además el diario de Leza el cuidado puesto en las observaciones astronómicas, haciendo uso de instrumentos que apreciaban el sexto de grado, ó sea de diez en diez minutos, y la frecuencia de las comparaciones hechas para conocer la variación de la aguja.

Los mandones anónimos del navio hubieron de informar lo ocurrido al Virrey, Marqués de Montes Claros, tan luego como desembarcaron en Acapulco, porque recibió á Quirós con despego, sin atender á sus peticiones de dinero y gracias <sup>2</sup>; y éste se vió en la necesidad de ir á Madrid á repetir

<sup>1</sup> Don José de Erostarbe, médico de la Armada, hizo consideraciones de este viaje en su *Discurso sobre la higiene de las profesiones militar y naval*. Madrid, 1867.

<sup>2</sup> «Luego que la gente desembarcó, dice su relación, hubo personas que por ven-



los procederes en que sobresalía, «graduándose de todas las ciencias de pasar miserias».

Súpose á su tiempo que el almirante Luis Váez de Torres, sorprendido con la desaparición de la capitana, sin avisarlo ni hacer señales, se puso á la vela en la mañana siguiente buscándola con diligencia, y como no la viera, volvió al puerto y la esperó quince días inútilmente <sup>1</sup>.

Como no pareciera el General en este tiempo, juntó en Consejo á los oficiales; leyeron las cédulas reales é instrucciones del Virrey del Perú, y deliberando acerca de lo que deberían hacer, acordaron proseguir la exploración, «pues no son viajes éstos que se hacen cada día, ni había S. M. de ser engañado». Primeramente trataron de bojear la isla en que estaban; impidiólo la violencia de las corrientes contrarias. Haciendo rumbo al SO., no vieron señal de tierra; cambiáronlo al NO., empezando á reconocer la costa de Nueva Guinea, muy poblada de gente oscura. Visitaron buenos puertos; levantaron planos de los principales; consumieron dos meses, viendo otra gente negra diferente; hallaron por allí hierro labrado, campanas de china, mercaderes mahome-

gar sus pasiones, ó por otros respetos, escribieron al Marqués de Montes Claros, y sembraron por toda la tierra muchas cartas, procurándome descomponer y desacreditar la jornada.» Zaragoza, t. I, pág. 387. «Sus propios camaradas dijeron al Marqués de Montes Claros quién era, y cómo le podían atar por loco, el cual le trató como quien era.» Carta de D. Diego de Prado al secretario Antonio de Aróstegui. Zaragoza, t. II, pág. 188. Por fin, andando el tiempo, escribió él mismo en un memorial: «Si á Colón, cuando iba navegando, le quisieron echar á la mar sus soldados y marineros, yo callo por honra de las dos mis señoras madres, la Romana y la España, lo que conmigo pasó en el discurso de este viaje, en mar y tierra, y las causas, y quiénes, y cuántos son aquellos de quien vi, y de quien sé hasta dónde ha llegado la fineza de las obras.» Zaragoza, t. II, pág. 374.

<sup>1</sup> Dícelo en carta dirigida al Rey desde Manila, con fecha 12 de Julio de 1607, haciendo relación de todo el viaje y contando la enviaba en mano de Fr. Juan de Merlo, de la Orden de San Francisco, el cual, como testigo de vista, añadiría las explicaciones que se estimaran necesarias. La carta publicó el mencionado don Justo Zaragoza en artículo titulado *Descubrimientos de los españoles en el mar del Sur y en las costas de la Nueva Guinea* (*Boletín de la Sociedad Geográfica*, Madrid, 1878, tomo IV, páginas 7 á 66, que sirve de complemento á los tres tomos de viajes de Quirós). Parece que Fr. Juan de Merlo hizo para el Consejo de Indias otra relación del viaje de Luis Váez de Torres, hasta ahora desconocida. Un memorial de don Diego de Prado sobre el asunto se publicó en la *Colección de Indias*, t. V, pág. 517.





tanos, y con noticia de lo ocurrido en las Molucas, donde estaba por gobernador Juan de Esquivel, se llegaron á Terrenate; redujeron por fuerza á una de las islas rebeladas; quedó allí la zabra *Tres Reyes* con 20 hombres para prestar servicio, y Luis Váez acabó felizmente su campaña en Manila, habiéndola empezado «con sólo pan y agua y malas voluntades».

De primera nota, de aquellas que han dejado huella en la Geografía, juzgan los inteligentes á esta relación, por cuanto resume, dentro del estilo conciso del marino, los rasgos más salientes de la hidrografía, topografía y etnografía de las regiones cuya existencia daba á conocer. Nada se había escrito de gentes de piel clara relativamente, que difiere de las otras de la Nueva Guinea por los caracteres físicos, hasta marcarla Váez de Torres, á la vez que los rasgos peculiares á los australianos y á los papúas.

Decía el piloto acompañante en su carta al Rey, que por la culpa de Quirós no se descubrió lo que más estimaba el Conde de Monterrey, la coronilla del Polo antártico, habiendo estado tan cerca de ella <sup>1</sup>; mas á su desaparición fué debido «el admirable viaje de Váez, que ha inmortalizado su nombre, el más atrevido y mejor manejado de los que han llevado á cabo los españoles en las aguas desconocidas del Océano Pacífico» <sup>2</sup>; el que dió nuevas de una parte de la costa de Australia por el estrecho que conserva el nombre del descubridor.

Así se mantuvieran todos los que impuso y se conocen por los planos delineados, durante la campaña, por el capitán Diego de Prado y Tovar, tan estimables por la relativa precisión, comparados con los trabajos hidrográficos más recientes <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Carta de D. Diego de Prado, Zaragoza, *Historia* citada, t. II, pág. 190.

<sup>2</sup> Juicio del Dr. E. T. Hamy en el interesante estudio *Comentarios sobre algunas cartas antiguas de la Nueva Guinea para servir á la historia del descubrimiento de aquel país por los navegantes españoles*. Traducción de D. Martín Ferreiro. *Boletín de la Sociedad Geográfica*. Madrid, 1878, t. IV, pág. 28.

<sup>3</sup> Anunció Prado, en las cartas citadas que dirigió al Rey y al secretario Aróstegui, desde Goa, el envío de un mapa del descubrimiento hecho por Váez de Torres de la isla que llamaron *Magna Margarita*, con 680 leguas de costa, mapa que había



Mas no es de extrañar su olvido; al emprender los trabajos á que van unidos los nombres de Owen-Stanley, Blackwood, Dumont d'Urville, Ruault-Coutance, Edwards, Bougainville, Cook, D'Entrecasteux, creíase que por aquellas costas no se habían aventurado nunca los europeos. Pocos habrían leído el memorial del Dr. Juan Luis Arias, en que se hablaba de Luis Váez de Torres <sup>1</sup>; de lo que guardaban alguna idea, porque sabido es que hace más ruido uno que grita que ciento que se callan, era de Pedro Fernández de Quirós, el cual, como si fuera único depositario del secreto lastimoso del papel representado en la jornada al Espíritu Santo, siendo hazmerreir de sus marineros, vociferaba en la Corte dándose por acreedor agraviado, multiplicando las peticiones y solicitudes de antaño con imperturbable osadía. Cuando llegaron las cartas de Torres, por el hecho de haber sido almirante de su armada, se apropió lo adelantado, incluyéndolo en los memoriales, cuya serie no tenía último término.

puesto en manos del virrey de la India Ruy Lorenzo de Tavora, y de cuyo paradero no se sabe. Cuatro planos de puertos firmados por él se han encontrado y reproducido en facsimile en el tomo IV citado del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*. Están acompañados de *Nota sobre los planos de las bahías descubiertas el año 1606 en las islas del Espíritu Santo y de Nueva Guinea*, ó sea estudio comparativo hecho por el Sr. D. Francisco Coello con las cartas más modernas holandesas é inglesas de 1876, en que estima «precioso é importantísimo» el trabajo antiguo de Prado, comprensivo de la *Gran bahía de San Felipe y Santiago; Puertos y bahías de tierra de San Buenaventura; Gran bahía de San Lorenzo y puerto de Monterrey; Bahía de San Pedro de Arlanza*, con minuciosidad de dibujo que da á entender haberse reconocido con cuidado los rios, los puertos con sus arrecifes, las poblaciones y cultivos, detalles que no se encuentran en planos muy posteriores y que rectifican la creencia del capitán inglés Mr. John Moresby, hidrógrafo, estampada en la forma siguiente en la obra que dió á luz en 1876, *Discoveries & Surveys in New Guinea*: «Debe hacerse constar, para que sirva de información á los lectores, que la costa de Nueva Guinea, situada por vez primera en la carta por el buque de S. M., *Basilisk*, no había sido visitada nunca....»

<sup>1</sup> *Memorial al Rey N. Sr. sobre hacer descubrimientos en el hemisferio austral en continuación de los de Mendaña y Quirós*. Lo mandó imprimir en castellano el geógrafo inglés Dalrymple, en Edimburgo, en casa de Murray y Cochran, año 1773, en folio. Mr. Major dió á la Sociedad Hakluyt, traducción inglesa: *A Memorial adressed to his Catholic Majesty Philip the Third, King of Spain, by Dr. Juan Luis Arias respecting the exploration, colonization and conversion of the Southern Land. Early Voyages to Terra Australis, now called Australia*, edited with an Introduction by R. H. Major. London, 1859, 8.º



Buenamente entendía haber hecho en la mar más que cualquiera de los grandes navegantes: «Las voces que tan á ciegas dió Colón y su porfía, no fué como la suya, ni tantos los trabajos.» Son curiosas las comparaciones que, como ésta, le ocurrían <sup>1</sup>.

Pero el Consejo de Indias sabía muy bien á qué atenerse; á mano tenía juntas las cartas de D. Diego de Prado denunciado á Quirós de *hablador, de embustero y de falsario*; las relaciones de Váez y de Fr. Juan de Merlo; otra de Juan de Iturbe, veedor y contador que fué de la expedición <sup>2</sup>, muy sensata y desapasionada.

Y sin esto, bastara haberle visto hacer causa común con Lorenzo Ferrer Maldonado, en los momentos en que éste procreaba en otro memorial imitativo, al estrecho de Anián, pidiéndole por compañero en las maravillas que ofrecía, de concederle siquiera el título de Gobernador y Capitán general de la consabida quinta parte del mundo.

No obstante la estimación de los señores del Consejo <sup>3</sup>, pensaban que no era político desengañar de una vez á *aquel hombre* de fidelidad dudosa, y habiéndole entretenido dos años, consultaron al Rey un medio, en verdad poco digno:

<sup>1</sup> Declaró Quirós en sus memoriales llevar escritos cincuenta; haber impreso en la corte varios, uno muy largo haciendo discurso del viaje suyo, y haber dado y distribuido estos memoriales entre personas nacionales y extranjeras. Como aun de los manuscritos sacaba copias, son muchas las conservadas en la biblioteca particular de S. M. el Rey; en las de la Academia de la Historia, Dirección de Hidrografía, Colombina de Sevilla y Archivo de Indias. El más extenso, que es de los impresos en castellano, se dió á la estampa en Amsterdam el año 1613 con título de *Narratio de terra australi incognita*, y en traducción francesa *Copie de la requête présentée au roi d'Espagne par le capitaine P. Ferd. de Quirós, sur la 5.<sup>e</sup> partie du monde (Terre australe)*. El Sr. Zaragoza ha comprendido á varios en la *Historia* citada.

<sup>2</sup> Relativamente á la persona, decia ser conveniente encargar empresa tan importante «á quien tuviera calidad y partes diferentes que las de este capitán, el cual pudiera haber hecho mucho más si admitiera consejo, y si no fuera tan desvanecido, soberbio y de poca substancia como es, y por lo debido al servicio de Su Majestad, advertia ser conveniente no encargar aquello á este hombre». Zaragoza, *Historia*, t. II, pág. 261.

<sup>3</sup> El Presidente, Conde de Lemos, consignó la suya escribiendo: «No es hombre bien fundado aunque se le ha puesto en la cabeza que ha de ser otro Colón, y en efecto es ser doliente.»



que firmara despachos á gusto del pretendiente, expidiendo otros reservados al Virrey del Perú á fin de que los primeros quedaran sin valor ni efecto <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Consulta del Consejo de Estado, Zaragoza, *Historia*, t. II, pág. 259. Diósele la primera cédula con fecha 15 de Diciembre de 1609; no le satisfizo: continuó gestionando otra que se despachó en 1.º de Noviembre de 1610, y ambas copió al final de la relación de sus viajes, así como un certificado del Marqués de Esquilache, nombrado Virrey del Perú, con el que se embarcó para Tierra-Firme en 1615. «Fue Dios servido (dice Navarrete) quitarle de trabajos, muriendo en Panamá y dando fin á tan honrados intentos.»